

MARÍA FLORA YÁÑEZ

## ESPLENDOR DE MEXICO

---

NO PUEDO OLVIDAR el mes que recientemente viví en Ciudad de México. Por su intensidad precipitada, casi irreal, se me aparece como desprendido de ciertos sueños cuyo encanto sigue proyectando su luz más allá del despertar.

Se extiende la gran urbe dentro del mágico círculo de sus montañas y nos seduce por sus contrastes infinitos. Porque, a la vez que moderna y bella metrópoli, cuajada de parques y espléndidos hoteles, de tiendas de lujo y aglomerado tránsito, Ciudad de México no ha dejado de ser ni la sede colonial de los conquistadores, ni el imperio de Maximiliano, ni la cuna de mayas, aztecas y toltecas. Como ha dicho la escritora norteamericana Gertrude Diamond, "México es un fresco en el cual no hay bastante perspectiva para que las cosas se sitúen dentro del tiempo y del espacio..." Y es verdad: lo secular está mezclado a lo moderno; la Catedral aplasta el Palacio de Moctezuma y la sombra de Hernán Cortés se levanta junto a los perfiles indios.

Igual cosa ocurre con la población. Las calles son un hervidero de gente: fuera de la enorme cantidad de turistas norteamericanos (el turismo da a México más que a nosotros el cobre) que van, guía en mano, contemplando las antigüedades, se ven charros con sus grandes sombreros y sus chaquetillas de vivos colores que recuerdan las de nuestro huaso; se ven criollos de ascendencia española, mestizos, zambos, mulatos y, por fin, indios puros. Estos últimos están sentados, generalmente, en el borde de las aceras, con su expresión melancólica, mientras, en pequeños fogones de adobe, preparan su alimento más corriente que consiste en tortillas de maíz revuelto con cal. Las mujeres del pueblo, con sus vistosos trajes o rebozos, tejen calceta en plena calle para venderlas a los pasantes. Y, de vez en cuando, atraviesa alguna india muy joven, cubierta de pulseras y abalorios y ataviada como una princesa. Color y vida, moderno esplendor y extraño sello típico. Parecido con-

traste se da en la fortuna de los hijos de México: existe un gran desnivel en las capas sociales; junto a riquezas fabulosas, respira y se mueve una negra miseria.

México es uno de los países hispanoamericanos que con más amor ha conservado el encanto de sus tradiciones, ese cúmulo de costumbres populares y expresiones nativas que contienen un acervo de poesía y que la civilización va poco a poco barriendo de todas partes. Además de eso —y constituye una de sus riquezas— se cuida y se venera cada piedra, cada huella del pasado. Dentro de ese inmenso archivo de tesoros diseminados de un extremo a otro de sus ciudades y sus rincones, el arte azteca es, tal vez, el que con mayor fuerza nos sale al encuentro. Las esculturas de esa raza extraña rivalizan en vigor con las de los egipcios y las superan en realismo. Horror y muerte fueron los "leif motiv" de todas las obras aztecas, entre las cuales la monstruosa estatua del dios "Coatlicue" es de los más importantes monumentos del arte nativo en América y muestra las fundamentales características de su cultura: idea religiosa en su concepción y fuerte naturalismo en sus formas. Al revés de los aztecas, los mayas se distinguen por la plácida y severa belleza de sus realizaciones. La reunión de tanto tesoro indígena: aztecas con sus monstruos gigantes, mayas con sus líneas sensibles, zapotecas con su exótica arquitectura, teotihuacanes con sus pirámides, sus serpientes y sus jeroglíficos, presenta, ante nuestros ojos asombrados, un conjunto inolvidable.

Los actuales mexicanos poseen sus ángeles y sus demonios. Hernán Cortés es el demonio número uno; Benito Juárez el ángel principal. Raza taciturna, soñadora, un poco huraña, se apoya en un orgulloso nacionalismo. Lo mexicano es lo mejor; sus valores, los más altos; sus costumbres, las más lógicas. Grandes, es cierto, son sus artistas. En pintura llevan el cetro del Continente. Arte nacionalista también, derivado de lo autóctono y con un sentido profundamente social. En una visita que hice al Convento de Tpotzetlan, maravilla de la Colonia, situado a algunos kilómetros de la capital, tuve ocasión de admirar la pintura de artistas de esa época. De índole religiosa, los principales cuadros de Figueroa y otro pintor cuyo nombre he olvidado, son realmente notables, muy semejantes en el oro del fondo y en los rostros alargados, a los primitivos italianos cuya obra, tal vez, ni siquiera conocieron sus autores. Pero, es curioso advertir, que en medio de esas imágenes etéreas y espiritualizadas que decoran el Convento, aparecen de pronto figuras indias con sus rostros oscuros llevando canastos llenos de frutas y de dádivas. En otros —y esto es lo más curioso— vemos motivos orientales. El Dr.

Luis Garrido, fino escritor que me llevó al Convento, sirviéndome de cicero-  
ne e iluminando mi visita con su cultura, me explicó que estos asomos del  
Oriente se debían tal vez a que, durante la Colonia, el puerto de Acapulco  
mantuvo comercio con la China y los artistas mexicanos empezaron a inspi-  
rarse en las telas que llegaban del Asia.

Apartándonos de los grandes pintores coloniales, nos detenemos en los con-  
temporáneos, de fama continental: Orozco, Siqueiros, Diego Rivera, para no  
nombrar sino a algunos. Todos ellos han sabido desentrañar lo autóctono y  
beber en las raíces vivas de Indoamérica. La impresión de los murales de Ri-  
vera, en el Palacio Nacional, en el Ministerio de Educación, es de deslumbra-  
miento. Historia de la revolución, pintada por kilómetros. En el palacio de  
Hernán Cortés y en otros edificios públicos, miro diferentes frescos suyos,  
todos desconcertantes. Es una orgía de colores que ciega, marea y parece lan-  
zarse hacia afuera como escupida por las paredes. No obstante, pasada la  
primera impresión, me parece que a esos frescos algo les falta o les sobra.  
No es posible, sin embargo, negar su genio a ese monstruo de la pintura que  
fue Diego Rivera. Recuerdo haberlo conocido personalmente hace unos diez  
años y haber recibido la impresión más favorable con su brillante plática,  
con su cultura sin arrogancia y con la sencillez de sus modales. Recuerdo  
también su semejanza física con esas máscaras indias que se ven por doquier  
en las colecciones arqueológicas de México. “¿A qué raza pertenece Ud.?”, le  
pregunté en aquella ocasión. “Raza tarazca”, contestó con orgullo. Y agregó:  
“Llevo mi ascendencia indígena muy hondo y aflora a cada instante. Cuando  
estuve en Europa quise pintar la Cote d’Azur y salió México; una vez inten-  
té pintar a Toledo y resultó Guanajuato...”

Los pintores jóvenes continúan esta tendencia personalísima, sólo de Méxi-  
co, que es la auténtica voz de su pasado, de esas cien razas indias que pobla-  
ron su territorio, llegando algunas, en su expresión, a las más avanzadas ci-  
vilizaciones.

Muchos escritores mexicanos también son grandes. Está Alfonso Reyes, Vas-  
concellos y Azuela, en la vieja generación. Entre los actuales se destaca Oc-  
tavio Paz, a quien traté durante mi reciente permanencia y que ha adquirido  
ya no sólo en el Continente, sino allende los mares esa fama relativa a que  
llegan algunas —muy pocas— figuras de las letras hispanoamericanas, como la  
Mistral, Neruda y Huidobro, de Chile; Arciniegas, de Colombia; Carrera An-  
drade, de Ecuador; Gallegos y Eustasio Rivera, de Venezuela y Colombia,  
respectivamente; Guiraldes y Borges, de Argentina. La poesía de Octavio

Paz es originalísima, a juzgar por los trozos que conozco. Su personalidad es impulsiva, un poco irónica. Se le ha tachado de comunista y de otra serie de istas. En realidad, creo que no puede encasillársele. Abomina, como todo verdadero artista, de las dictaduras y considera que, de vez en cuando, las revoluciones sirven a las naciones para su progreso. Fuera de Paz, conocí a otros poetas que significan promesas para el mañana. Pero, a mi juicio, ningún valor mexicano ha igualado todavía a la figura cumbre que ha dado México al mundo: Sor Juana Inés de la Cruz.

Siento aún, como si los estuviera viviendo, el embrujo de esos días en la patria de Moctezuma, cuyo clima benigno, aun en pleno invierno, nos ofrece un sol esplendoroso. Para encontrar sombra es preciso guarecerse dentro de los históricos palacios o bajo las cúpulas doradas de las iglesias. O, a unos cuantos kilómetros de la capital, junto a la impresionante mole de las pirámides, donde suele aparecer la serpiente emplumada y donde aún el aire huele al incienso que derramaban las antiguas razas al sacrificar una víctima a sus dioses.

El pasado nos envuelve, se nos viene encima. Y evocamos las palabras de Bernal Díaz del Castillo, quien, al escribir la historia de la conquista de México, dice: "Cuanto os cuento ocurrió solamente ayer..." Sentimos, con él, que toda la historia de este país, sus civilizaciones fenecidas, su trágica cadena de muertes y resurrecciones, todo, ocurrió solamente ayer.